

He seguido paso á paso este movimiento, y sin presuncion de acierto ó de haber interpretado fielmente el espíritu del autor, por las dificultades que ofrece un tan concienzudo trabajo, no dudo que su estudio ha de dar resultados provechosos, pues la claridad y elevadísimo talento con que desenvuelve los principios fundamentales de la escuela el Profesor de Bruselas, así lo tienen demostrado.

Conste aquí mi reconocimiento al Sr. D. Facundo de los Rios y Portilla, quien distinguiéndome, responde á la invitacion que le hice, escribiendo el Prólogo que sigue.

VICENTE PIÑÓ Y VILANOVA.

PRÓLOGO.

Pocos años há, era prudente abrigar temores por la suerte de la filosofía.

El materialismo habia pronunciado ya, por boca de Hobbes, su última palabra; y una doctrina, que tornaba á Dios en recurso de gobierno, no podia arraigar en la conciencia humana, ni dar solucion á los problemas de la vida: para muchos era necesario buscar otra vez asilo en el dogma religioso, contra el cual se han revelado, en todo tiempo y lugar, tantas inteligencias eminentes y tantos corazones sencillos. El espiritualismo, por su parte, parecia como fatigado de sus propias gloriosas tradiciones: Descartes no bastaba ya para resolver todos los problemas psicológicos, y la gran cuestion, la única cuestion fundamental de la ciencia y de la vida, la existencia de Dios, quedaba bajo el amparo del sentimiento, fortaleza harto débil para resistir los ataques obstinados del ateo y la indolencia del escéptico.

x
Y en esta situación, ya apurada, vino la crítica severa de Kant á minar los fundamentos del edificio filosófico. Los escépticos aplaudieron la muerte de la metafísica: el regocijo era lícito desde su triste punto de vista. Pero sería injusto confundir con ellos á aquel filósofo, que, á modo de hábil arquitecto, sondó con nimia solicitud las bases de la construcción científica, para que el pensamiento posterior pudiera restaurarla con solidez.

Ello es cierto que los trabajos de Kant produjeron honda perturbación, que todavía atormenta á muchos espíritus. El movimiento crítico se hizo general, degenerando al fin en multitud de tendencias insuficientes á las exigencias de la razón. Mas es cierto también que, si este esparcirse el pensamiento puede significar una decadencia más que un progreso, la filosofía hace esfuerzos por reconstituirse con carácter severamente científico; y esta vitalidad interna muestra, á la vez que su legitimidad, su destino permanente.

Hoy no sería lícito temer por la persistencia de la indagación filosófica en lo porvenir, ni dudar de la realización de sus fines, entre los cuales hay que contar por primero, puesto que es inmediato, el revestirse de caracteres científicos tan severos como pueden alardear las matemáticas.

En efecto, si hacemos por ahora caso omiso de otras causas externas, parécenos que la principal del descrédito de la filosofía entre nosotros radica en su

xi
propio descuido. Una instrucción somera sobre las árdidas cuestiones que abarca su jurisdicción — instrucción, además, adquirida ántes que el juicio llega á la madurez — es, en sentir del vulgo, título bastante para darse por iniciado y aun para tomar cartas en los debates filosóficos. Verdad es que algunos hombres eminentes reivindicán más alto respeto para la más alta de las ciencias; pero no parece aventurado afirmar que sus aspiraciones no trascienden á la esfera vastísima del comun sentir.

De esta manera, la filosofía, que comprende dentro de sí esa rama tan extensa y tan bella de las matemáticas, no consigue nunca presentarse á los ojos de todos bajo una faz igualmente hermosa, igualmente severa. No hay forma artística (en el sentido vulgar de la palabra) que pueda compararse en belleza á la belleza de la geometría, á la belleza de sus relaciones con el algoritmo algébrico; á la belleza de lo infinitamente pequeño en sus relaciones finitas; y apenas el ánimo el considerar que hay donde quiera vituperios para la filosofía, justas alabanzas para la matemática, cuando la matemática toma su grandeza y su hermosura de fuente más alta, que es la filosofía.

No es posible desconocer el origen de la distinta consideración de que, para muchos, disfrutan la filosofía y las matemáticas. Estas, pasando por alto las lagunas propias de toda obra humana, se han ostentado siempre bajo la forma de una sólida construcción; aquella ha divagado mucho y disertado más

sobre problemas de solución difícilísima, sin cuidarse de sentar primero bases duraderas y de levantarse con método y esquisita circunspección á la contemplación del principio supremo de toda ciencia y vida.

Tal es, en su fondo, todo el pensamiento de Krausse; y si es cierto que por el fruto se conoce el árbol, habrá que confesar que este primer ensayo de construcción filosófica augura para lo porvenir la realización completa. Por un lado, Krausse ha aportado á la investigación filosófica el método más rigurosamente científico; y por otro lado, su reforma ha abierto á las ciencias perspectivas dilatadas y puntos de vista verdaderamente admirables.

De aquí su mérito y sus dificultades: uno y otras arrancan del concepto vulgar de la filosofía. Creen muchos que esta ciencia, ó lo que sea, se resume en el natural discurrir del pensamiento á su antojo, sin previo plan, ni meta fija, ni camino trazado. Y porque Krausse rompe de frente con esas comunes preocupaciones, y abre un sendero estrechísimo aunque seguro, y señala un fin, y muestra el progreso del espíritu en su penoso adelantar, reniegan de su severidad los que están habituados á la disertación filosófica como tema de buen sentido; y al estudio recto se reemplaza con la sonrisa ó con el desden. Por esto, que es un hecho innegable de experiencia, son todavía tan pocos los espíritus que han llevado al estudio de la filosofía voluntad firme, meditación profunda y sostenida.

Y no obstante, hay en esto contradicción palmaria, porque aun las mismas ciencias llamadas experimentales, invadiendo ajenos dominios, buscan leyes generales, principios superiores, filosofía, en una palabra; y cuando no los hallan, la hipótesis viene á ocupar el lugar de la verdad. ¿De dónde, pues, ese menospreciar la filosofía por un lado, y ese recordarla por otro?

Es — ya lo hemos dicho — porque la filosofía no ha empezado á pensar hasta pocos años há, que necesitaba de una vestidura científica, de una base científica, de un procedimiento científico, que acabasen para siempre con las bases y procedimientos tradicionales, y atrajesen á sí la atención de los espíritus cultivados maduramente en el orden científico (1).

Krausse empieza con Descartes por reconocer la evidencia como criterio de certidumbre; pero es necesario no olvidar que la evidencia no exige siempre la demostración, la cual es solamente camino para llegar á ella, en los casos en que la evidencia no es inmediata. Hasta aquí la filosofía nada tiene que en-

(1) Dice Proudhon, *Essais d'une philosophie populaire*, ensayo I, §. 7, Bruselas, 1860:

« Il faut marcher; tout nous y invite. Si la philosophie s'abandonne, c'en est fait du genre humain. »

Esta confesión es preciosa, por venir de quien, con gran talento, ha intentado levantar la sofística á escuela filosófica; y es oportuno recordarla á un pueblo que, todavía hoy, devora ávido las doctrinas sociales de Proudhon. Una educación esmerada del sentido común acaba siempre por condenar las doctrinas exclusivas, por más que lisonjeen las pasiones populares.

vidiar á la matemática, que acepta como bases no demostradas las intuiciones puras del tiempo y del espacio, y las categorías de cantidad y relacion, y la noción del sér y de su contenido.

Determinado el criterio, falta un punto de partida para el proceso científico: Descartes y Fichte habian señalado uno, pero múltiple: aquel, bajo la forma de un juicio; éste, fundado en el principio de identidad. Krausse ha fijado esta primera etapa en la intuición pura del *yo*, ántes de toda determinación. La experiencia habia probado que el primer paso era peligroso, puesto que Fichte habia sido llevado al subjetivismo absoluto, al *pan-egoismo*. Y si, por evitar los escollos, se sentaba la existencia del principio supremo, á modo de Schelling y de Hegel, la filosofía entera habia de apoyarse sobre una hipótesis.

Krausse analiza el yo y sus relaciones; analiza la ciencia, reconoce la necesidad de un principio para ella, y levantado el pensamiento hasta él, deja que la contemplación provoque la evidencia. Si el espíritu así preparado vé la existencia de Dios, la filosofía está fundada, porque en el mismo punto quedan disipadas las formidables objeciones de Kant. El solo esfuerzo del razonamiento ejerciéndose sobre la noción de Dios rehace despues el camino, contrastando en cada punto la deducción lógica con los datos del análisis.

No parece posible llevar más al cabo el rigor científico: no hay aquí dogma impuesto, sino severi-

dad matemática; la evidencia es el único criterio; la convicción personal íntima, el corolario. La norma para la vida, desprendiéndose entónces de pesadas cadenas, se levanta á frisar con el ideal de la razón.

¿Ha satisfecho Krausse todas las deudas que la filosofía tiene contraídas con la espectación general? No somos nosotros los llamados á dar contestación; pero lo que sí puede asegurarse categóricamente es que jamás sistema alguno organizó tan cumplidamente todo el saber humano, ni sembró tantos y tan fecundos gérmenes. Muchos siglos no bastarán á agotar todo el pensamiento del gran filósofo, y toda reforma que realicen las generaciones venideras se apoyará necesariamente sobre las primeras bases por él sentadas. Krausse es á la filosofía lo que Euclides á la geometría, lo que Leibnitz al cálculo diferencial.

Ahora bien, una doctrina tan vasta, tan orgánica, tan rica de gérmenes, no es todavía bastante conocida en España. Uno de los adeptos más distinguidos de la escuela, nuestro inolvidable maestro D. Julian Sanz del Rio, fué, si no estamos equivocados, su primer apóstol en nuestra patria: una brillante pléyade de discípulos la propagan con sabiduría y perseverancia. Y con eso, y con todo, es cierto que la opinión acoge con sonrisa desdeñosa una *nueva filosofía*, una *filosofía alemana*, una *germanología*, condenada por prejuicio y — digámoslo claro — por ignorancia de lo que es en sí. Son muy numerosos los ejemplos de las conversiones, para dudar de la influencia de

esta filosofía sobre los espíritus cultivados, á quienes la vida ha llamado á otros órdenes científicos; y por esto tambien, si deberes de otro origen no exigieran la gratitud, es digno de estima todo trabajo que propenda á disipar las preocupaciones de los más.

Un profesor eminente, M. G. Tiberghien, lo ha comprendido así, y ha aceptado la mision honrosísima de propagar en francés conocimientos velados bajo la frase difícil de Krausse. El éxito ha sido completo: un público innumerable ha recibido con júbilo las varias obras filosóficas de Tiberghien, y espera con ansia la publicacion de otras anunciadas; hecho de experiencia inmediata, bien digno de ser notado por los que se han propuesto — sériamente al parecer — introducir en nuestro país las vulgaridades de la sofística y las tristezas del positivismo.

Propagar más todavía este orden de conocimientos es, pues, una obra meritoria: bajo este punto de vista, nuestro amigo D. Vicente Piñó y Vilanova merece en justicia consideracion y gratitud; consideracion, porque ha sabido asociar á la mision de su ministerio estudios de orden superior; gratitud, porque ha puesto un excelente libro al alcance de muchas personas, para quienes pudiera permanecer ignorado. Reciba nuestro sincero parabien, y esperemos que el favor del público le estimule á perseverar en su digna aspiracion.

FACUNDO DE LOS RÍOS Y PORTILLA.

Á MIS DISCÍPULOS

Sólo á vosotros es á quienes pertenece este libro, ya que lo he compuesto con vuestra ayuda: dignaos por lo tanto aceptar la dedicatoria.

Después de veinte años que enseñé filosofía, he establecido en mis cursos conferencias en las que tomamos sucesivamente la palabra, vosotros para proponerme vuestras dudas, yo para procurar disiparlas.

Nuestras conferencias tienen la doble ventaja de afirmar vuestras convicciones, y hacerme notar los puntos oscuros ó defectuosos de mi enseñanza.

Este libro es la exposicion metódica de los problemas que juntos discutimos anualmente.

Si hay quien opina que se dirige ménos á los discípulos que á los sabios, puedo atestiguar, conforme al conocimiento que tengo de las cosas, que las materias de que trata son precisamente las que más os preocupan.

Hablo de una manera franca y sincera de Dios, de la inmortalidad del alma, del ideal de la humanidad, de la dignidad de la razon, de los progresos de la civilizacion, de la independenciam de los pueblos, de los derechos y deberes del hombre, y pruebo felizmente que esas grandes cosas, que hacen sonreír á los menospreciadores de la ciencia, inflaman siempre la inteligencia y enternecen á la juventud.

Permitidme asociar á vuestros nombres la memoria de los estudiantes extranjeros con que estoy relacionado, y que como yo, miran la causa de la filosofia como la causa de la manumision de su patria.

G. Tiberghien.

Febrero 1868.

INTRODUCCION.

I.

Si fuera menester juzgar de la situacion segun los clamores que se levantan alrededor de los focos científicos en Francia, Alemania é Inglaterra, el espíritu del siglo volveria decididamente al *positivismo*. Esa tendencia ¿es formal y favorable al progreso, ó bien es el efecto de uno de esos caprichos de que el público se apasiona alguna vez, como para interrumpir la monotonía de la vida? El sansimonismo, el fourrierismo y el espiritismo han tenido sucesivamente sus momentos de esplendor, y sin embargo hoy yacen en la oscuridad. ¿Nos encontramos en presencia de un meteoro del mismo género? Yo lo creo así, y espero conseguir se convenzan de ello todos aquellos que quieran estudiar con atencion nuestra época, segun las indicaciones de la filosofia de la historia. El lector atento verá en el curso de esta obra que el positivismo, lejos de ser un movimiento progresivo, es simplemente la señal de un estado febril y anárquico del pensamiento moderno, es decir, el síntoma de una crisis.